

1996

Venezolanische Poesie: Un paseo para turistas; Poesía venezolana y posmodernidad

Rafael Arraiz-Lucca

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Arraiz-Lucca, Rafael (Primavera-Otoño 1996) "Venezolanische Poesie: Un paseo para turistas; Poesía venezolana y posmodernidad," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 20. Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/20>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

VENEZOLANISCHE POESIE: UN PASEO PARA TURISTAS

Rafael Arráiz Lucca

La hacienda del General

Mientras un militar estaba a punto de ascender al poder apoyado en su sinuosa paciencia, un joven de veinte años perpetraba tres libros y una carta poética. Corría el año de 1907 y Juan Vicente Gómez ya soñaba con la eternidad de su mandato. A Salustio González Rincones le faltaban tres años para emigrar. Luego regresaría muerto y oscuro en el vapor *Caribia* el año 33. Antes de huir a Europa participó de las ilusiones del grupo que editaba la revista *Alborada* (Rómulo Gallegos, Julio Planchart, Henrique Soublette y Julio Rosales), escribió obras de teatro, redactó crónicas periodísticas y, arrebatado por un impulso voraz, dejó escritos *Caminos noveles*, *Llamaradas blancas*, *Las cascadas asesinas* y la valiosísima “Carta de Salustio para su mamá que estaba en Nueva York”. Esta epístola es el más lejano antecedente de la poesía abierta a las referencias cotidianas. En mucho se adelanta a lo que los vanguardistas venezolanos de finales de los años veinte tuvieron como inédito. Su desenfadada ternura, el tratamiento luminoso de la domesticidad, el humor y la graciosa parodia hacen de este texto una pieza angular del rompecabezas de la poesía venezolana de este siglo. Del mismo año de la carta son los tres libros mencionados que fueron publicados el año 1977, cuando Jesús Sanoja Hernández organizó y prologó una antología poética de Salustio. A este interesantísimo poeta, que sólo ahora comienza a valorársele, le siguen los integrantes de la llamada generación del 18.

No es este el espacio para proponer una periodización distinta de la poesía nacional. Pero tampoco es la oportunidad para negar la necesidad de hacerlo. Una revisión a fondo del viaje y sus estancias debe emprenderse con entusiasmo. Mientras tanto aceptemos los puntos del itinerario que la mayoría de los críticos han contribuido a establecer.

Puede afirmarse sin temor a cometer una arbitrariedad que la generación de Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, Rodolfo Moleiro, Luis Enrique Mármol, Luis Barrios Cruz, Enriqueta Arvelo Larriva y otros es de las

más ricas de la poesía nuestra. Con tan sólo detenernos en la obra estremecedora de José Antonio Ramos Sucre bastaría para iluminar toda una época que en la esfera política fue tenebrosa. Pero sería imposible obviar los momentos que Paz Castillo alcanza en poemas como “El muro”, donde la densidad metafísica y religiosa de su poesía se hace patente; tampoco podría olvidarse el vuelo lírico de Mármol en el “Canto absurdo” o la inteligencia para la brevedad que tuvo Barrios Cruz.

Con Ramos Sucre ocurrió lo que sucede hoy con González Rincones: fue valorado en su justa dimensión mucho después de su muerte. Al poeta cumaneño es la gente de los años sesenta la que lo lleva hasta el cielo que hoy ocupa. Sus contemporáneos lo dejaron pasar sin atenderle demasiado. Fue tiempo después de su suicidio en la ciudad de Ginebra, cuando su obra obtuvo los lectores que siempre mereció. Probablemente la hipnosis que provocó la vanguardia produjo la indiferencia que sufrieron los textos simbólicos, cultos y gratamente difíciles del autor de *Las formas del fuego*.

En la acera de enfrente Antonio Arráiz el año 24 publica *Aspero*. Un poemario apasionadamente vanguardista donde convivían la afirmación americanista y la confianza en las bondades que traería el progreso. Con este libro se inauguró definitivamente esta poética en Venezuela, y, como afirmó Arturo Uslar Pietri en el prólogo a la segunda edición de *Aspero*: “Pocos libros como éste han tenido una importancia mayor en la orientación de la conciencia de un grupo de hombres que a su vez han influido en la orientación de la conciencia colectiva”, su terreno de incidencia fue más allá del estrictamente poético. Arráiz pagó con siete años de cárcel, como muchos de los integrantes de la generación del 28, sus protestas juveniles contra la tiranía gomecista. En cierto modo su poesía y su vida son emblemáticas de su tiempo. Aunque ya casi nadie sostiene el criterio según el cual en esta generación de luchadores políticos también hubo una camada generacional de poetas, lo cierto es que el exclusivo número de la revista *Válvula* fue un hecho y allí puede leerse: “Somos un puñado de hombres con fe, con esperanza y sin caridad”. En cualquier caso, a Miguel Otero Silva, Luis Castro y Pablo Rojas Guardia se les tiene como representantes del tiempo en que los estudiantes estaban en la cárcel y quienes merecían el encierro sonreían como cualquier transeúnte. En sus poemas convocaban a la velocidad, a Hollywood, a la América libre e indígena y al presagio de un mundo mejor. Estos jóvenes con una mano le torcían el cuello al cisne y con la otra empuñaban una bandera o un fusil.

Con la muerte del General Gómez el año 35 y la ascensión del General López Contreras un clima de apertura invadió al país. Fue así como las reuniones de una peña literaria derivaron en la empresa de publicar una revista y de definirse como grupo: *Viernes*. Cincuenta y tres años después de la fogosidad inicial, la bruma va dejando paso al arco iris. Hoy sabemos que lo mejor de estos autores no surgió en aquel momento. *Mi padre, el inmigrante* es del año 45 y *Los espacios cálidos* del 52, ambos poemarios paradigmáticos de

una de las obras poéticas más hermosas de este lado del mundo, la de Vicente Gerbasi; *Maravillado cosmos* de José Ramón Heredia es del año 50 y *Trópico lacerado* de Rojas Guardia del 45. Pero, sin duda, lo que después lograron los poetas de *Viernes* tuvo su raíz en aquel primer editorial de la revista: "Que se identifica con la-ro-sa-de-los-vien-tos. Todas las direcciones. Todos los vuelos. Todas las formas". El tiempo ha retribuido con creces el espíritu amplio de este grupo. Sus integrantes han podido desarrollarse con sus énfasis particulares a lo largo de buena parte de nuestra historia. Pascual Venegas Filardo, Rafael Olivares Figueroa, Angel Miguel Queremel, Luis Fernando Alvarez, Otto D'Sola y los ya citados, emprendieron, muy jóvenes, un proyecto estético de singulares consecuencias. Basta con aludir a la variedad y calidad de lecturas que promovieron en un medio aún signado por el localismo. El diálogo con la poesía universal se ensanchó con la acción de esta peña literaria. También, auxiliados por la heterodoxia, olvidaron para siempre cualquier preceptiva moralizante. Obviamente, las puertas abiertas por *Viernes* trajeron un viento nuevo a las comarcas de la Venezuela incipientemente petrolera. Por eso fue que al margen de esta peña, y algunos creen que por oposición, surgieron otra voces. Los poetas que aparecieron en la década de los años cuarenta.

La rosa de los vientos viernistas halló su contrapartida en la precisión hispánica de los poetas de la promoción del cuarenta. El regreso al soneto y al verso alejandrino tuvo en Juan Beroes y Ana Enriqueta Terán a algunos de sus oficiantes. Durante estos años incurren también en la publicación los jóvenes Rafael Angel Insausti, Aquiles Nazoa, Ida Gramcko y José Ramón Medina. Dos singulares creadores ven sus nombres sobre la tapa de unos libros: Juan Liscano y Luz Machado. La obra del primero es de una vastedad que rebasa la tierra del poema. El folklore, el ensayo, el periodismo son algunas de las facetas en las que se ha realizado este elocuente humanista. De su obra poética (alrededor de veinte títulos) merecen destacarse *Cármenes* (1966) y *Vencimientos* (1986) por sobre los logros alcanzados en otros poemarios. Luz Machado es la autora de un conjunto de poemas hermosos que mucha resonancia ha tenido en los jóvenes poetas de hoy: *La casa por dentro* (1948-1965).

En los primeros años de la década de los cincuenta publican sus libros iniciales dos poetas de particular importancia: Juan Sánchez Peláez y Alfredo Silva Estrada. *Elena y los elementos* (1951) y *De la casa arraigada* (1953) dan a conocer a dos autores ajenos a la militancia en grupos literarios venezolanos. Sánchez Peláez vivió muy joven en Chile y allá trabó relación con el surrealismo del grupo Mandrágora. Silva Estrada, fraguando cementos distintos, ha construido una obra de gran coherencia. Su poesía se nutre tanto de la observación disciplinada del filósofo como de un lirismo proclive al desamparo. Quienes a principios de los años sesenta se juntaron en torno a los grupos *Sardio*, *El techo de la ballena* y *Tabla redonda* tuvieron en la poesía de Sánchez Peláez una fuente rectora. La atención a los territorios oscuros del inconsciente; el

poeta como un mago dispensador de maravillas (pero, sin embargo, vapuleado e incapacitado para vivir en un mundo que lo maltrata); y una estética del encantamiento frente al misterio del lenguaje, son algunas de las cartas que los herederos del poeta de *Rasgos comunes* aceptaron gustosos.

Las comarcas de los hijos de Juan

En el mundo occidental los años sesenta representaron una suerte de renacimiento del romanticismo. Las utopías florecieron hasta un punto en que casi se creyeron posibles. De este clima general Venezuela no escapó. La alianza entre arte y vida fue robustecida por un proyecto político que, inspirado en la experiencia cubana, buscaba el poder por las armas. En el plano artístico surgió con fuerza una visión surreal del mundo, junto al tratamiento simbólico de la realidad.

De la numerosa camada de poetas que irrumpen en estos años algunos han podido formalizar una obra. Juan Calzadilla ha trazado una curva que va desde la escritura automática, premeditadamente caótica y extensa, hasta una brevedad desnuda. Ha sido el tránsito difícil de un ciudadano herido y aullante a un ser urbano, igualmente herido, pero apertrechado de humor e inteligencia. *Dictado por la jauría* (1965) y *Diario para una poesía mínima* (1986) fijan los extremos de la creación de Calzadilla. Rafael Cadenas, trazando un camino desde la abundancia simbólica (*Cuadernos del destierro*, 1960) hasta el escueto *Amante* (1983), ha perpetrado una obra que tuvo eco en los poetas que se iniciaron en la década de los años setenta. Su poesía silenciosa, más construida por el balbuceo de lo no dicho que por lo expresado, caló hondo en el espíritu autocontemplativo que sobrevino a la derrota política de una generación. En este tiempo también llegaron hasta el papel las alucinaciones y los fantasmas de Francisco Pérez Perdomo. Un mundo de sombras procedente de la memoria rural del poeta fue a dar sobre la página, como una metáfora terrible de la existencia. Desde este mismo universo rural nos llegó la voz de Ramón Palomares. La ternura de su mirada y el uso de un habla coloquial distingue la poesía de este poeta andino. Palomares ha puesto su atención al servicio de la percepción de la sabiduría que se oculta tras la cotidianidad. *El reino* (1958), *Paisano* (1964) y *Adiós Escuque* (1974) son tres títulos donde brillan las mejores imágenes de su poesía.

Caupolicán Ovalles y Víctor Valera Mora son autores de una poesía típica de lo que se pretendió en estos años. Entre el humor y la rabia, Valera Mora logró largos textos (*Amanecí de bala*, 1971) donde graciosamente se enfrentaba al "establishment" político, al tiempo que convocaba al amor como único recodo posible. Con el paso de los años su poesía amorosa no ha dejado de sostenerse, mientras su flanco socio-político se ha resentido por el peso de su circunstancialidad. La influencia de este atrabiliario poeta en las más recientes promociones ha sido considerable.

Entre los pocos poemarios publicados por Guillermo Sucre se destaca especialmente *La mirada* (1970). La endemoniada precisión de Sucre toma cuerpo en los textos de este libro. La misma exactitud que hizo de *La máscara, la transparencia* (1975) el más inteligente acercamiento crítico de los últimos años a la poesía hispanoamericana.

Las circunstancias que desde muy jóvenes les tocó vivir hace de esta promoción un conjunto particular. En sus momentos de formación convergieron la radicalización de un proceso político (fin de la dictadura Pérezjimenista y deslinde de las aguas: la revolución socialista o la democracia capitalista), el inicio de usos sociales inéditos (mayor libertad en las relaciones de pareja, hippismo, etc.) entre otros fenómenos. Quienes sintieron el llamado revolucionario encontraron en el trastocamiento del discurso racional (oficial, burocrático) su mejor contribución. Así fue como el viento surrealista sopló en *El techo de la ballena*. Así fue como creyeron posible el advenimiento de un mundo mejor. Rescataron de la tibia indiferencia a José Antonio Ramos Sucre y tuvieron como paradigma al pintor Armando Reverón. Contribuyeron ferozmente al crecimiento del mito que sobre sus vidas ha prosperado. Ramos Sucre: suicidio por insomnio en la muy plácida ciudad de Ginebra. Reverón: la vida del buen salvaje en un rancho de nuestra costa caribeña. Los arquetipos culturales de la más ilustrada venezolanidad en buena parte se les deben a estos entusiastas del sesenta. Aunque de muchos de ellos nada puede esperarse hoy, es justo el tributo de quienes les suceden.

Sobre la derrota de esta generación, a lo largo de los años setenta pudieron leerse algunos libros donde se esbozaban, por lo menos, dos tendencias. Quienes reproducían sin conciencia crítica el discurso de sus mayores y quienes tocaban otras puertas. Pero antes, y como una suerte de bisagras entre unos y otros, dos poetas singulares abrieron la puerta. Sus libros más representativos fueron publicados en la década de la opulencia petrolera venezolana.

Me refiero a *Terredad* (1978) de Eugenio Montejo y a *Costumbre de Sequía* (1976) de Luis Alberto Crespo. Ambos, formando estéticas muy diferentes han logrado continuar una obra. Crespo, con un lenguaje donde la aridez y el ahogo parecen destruir todo principio sintáctico, ha tenido en sus manos, como un cactus, la palabra seca que rodea la muerte. Su poesía sobrevive hasta la página luego de una introspección del paisaje, del recuerdo, de la fatalidad de toda existencia. Las tierras de Montejo son opuestas a las de Crespo. Su hacienda está en el trópico feraz de la ribera de un río o en el palmar de una playa luminosa. Pero que nadie piense en el barroco o en el realismo mágico. Supongan con certeza el hallazgo de un lenguaje felizmente preciso. Prepárense para una clásica construcción del poema: el motivo y el ritmo de acuerdo. Montejo sabe de la paciencia necesaria para el logro de un artefacto. No en balde creció en medio de las faenas de la panadería de su padre. Estos dos autores, pasados el ventarrón del sesenta y las dificultades respiratorias de la

década saudita, son de los que siguen creciendo con el tiempo.

De la promoción anterior al surgimiento de los talleres literarios, viene a cuento convocar la poesía de Reinaldo Pérez Só, Hanni Ossott, Mágina Russotto, El Galindo y Alejandro Oliveros. El primero, desde hace años y contra el sempiterno mal tiempo mantiene en vilo la revista *Poesía* de Valencia. Su primer libro: *Para morirnos de otro sueño* (1970) ha llegado a la mayoría de edad sin deshacerse. El encuentro del sentido primero de las palabras hace de los textos de este poemario unas piedras preciosas difíciles de repetir. Hanni Ossott ha venido insistiendo desde sus primeras incursiones en lo abstracto, lo espacial, hasta sus muy recientes y carnales textos. Aunque inicia la aventura editorial el año 74 es en el 83 cuando da con lo mejor de su discurso. Este camino termina por ensancharse hasta llegar al *Reino donde la noche se abre* (1987). Un libro onírico donde el tren se desboca por los rieles del recuerdo, de la noche, de los influjos lunares y del caos del paraíso perdido. Ossott suelta un hilo delirante y conmovedor sin otra esperanza que la de la botella en alta mar. La poesía de Mágina Russotto crece en el jardín de la realidad. Lejana a los escarceos por el subconsciente, abona el campo de la poesía directa (pero inteligente) que tanto ha crecido en Hispanoamérica. Referencias cultas junto a banalidades, humor con sarcasmos sobre la crisis social y mucho de la amorosidad de cierta poesía brasilera habita en poemarios como *Viola d'amore* (1986).

El Galindo con *Ruido de las esferas* (1986) regresa al mundo del campo donde nació. Con sobriedad indaga en el espacio de la casa de la infancia, en el entorno de sus primeros años. Sorteando el peligro del lugar común logra dar cuenta del universo maravilloso, mágico y telúrico que invade la escritura de muchos latinoamericanos. Finalmente, Alejandro Oliveros con *El sonido de la casa* (1984) trajo a la poesía venezolana el hilo que dejaron correr Ezra Pound y T. S. Eliot. Luego de una prolongada permanencia en Nueva York regresó con este poemario lleno de evocaciones, de piezas domésticas, de inteligentes precisiones. La manifiesta narratividad de su poesía es aún tenida por los bardos decimonónicos como una cuña incómoda. No así para las nuevas promociones que han gozado de sus páginas.

A mediados de la década de los años setenta en Venezuela comenzaron a proliferar los talleres literarios. En el Centro de estudios latinoamericanos Rómulo Gallegos, en las universidades y hasta en las casas de familia, los jóvenes iniciaron la aventura de reunirse con el auxilio de un guía. Esta modalidad pronto se vio acompañada por las revistas que de estas reuniones emanaban. El taller Calicanto de Antonia Palacios editaba *Hojas de Calicanto* y el taller que alimentaba Juan Calzadilla publicaba *La Gaveta Ilustrada*. Además el CELARG todos los años convocaba a un taller con un guía distinto. La experiencia de los talleres literarios en Venezuela ha provocado más de una polémica que no es el caso continuar aquí. Sin embargo, es evidente que cuando el guía del taller tiene una sola forma de entender (y de aceptar) la

poesía es más daño que beneficio lo que produce con su intolerancia. Cuando esto ocurre es poco lo que puede esperarse de esta experiencia. Pero cuando impera un verdadero espíritu de aprendizaje y no el de un cazador de acólitos el resultado puede ser sorprendente. Por estos talleres pasaron, casi sin excepción, todos los que hoy día siguen insistiendo y, por supuesto, la legión que optó por porvenires más promisorios.

Los muchachos de la ciudad

Es de este clima democrático de los talleres de donde surgió la más atrevida revisión de la poesía venezolana de los últimos años. Específicamente, del taller *Calicanto* y de la Universidad Católica Andrés Bello emergieron los grupos *Tráfico* y *Guaire*, respectivamente. El primero fue la consecuencia de la comunidad de intereses que Igor Barreto, Armando Rojas Guardia, Yolanda Pantin, Rafael Castillo Zapata y los hermanos Alberto y Miguel Márquez fueron construyendo con la asistencia semanal a *Calicanto*. Hicieron un lúcido diagnóstico de la situación de la poesía venezolana en el año 80. Precisarón los nudos retóricos donde se manifestaba el acriticismo de los herederos de los años sesenta y, en el mismo campo, hirieron de muerte a la estética que se regodeaba en el textualismo, el telurismo y el hermetismo. Hicieron mucho énfasis en la lectura ideológica del poema y, con tal mecanismo, encontraron pocos árboles con quienes juntarse en el pasado. Hicieron del juicio estético uno solo con el ético, y en tal sentido cayeron con frecuencia en lo programático o en algo más particular: una cosa proponían en sus textos teóricos y otra en la verdad del papel. Con todo y las dificultades, es el esfuerzo más serio de los últimos tiempos por repensar la poesía nuestra.

El grupo *Guaire* comenzó a reunirse en un principio bajo el presupuesto de lo urbano como escenario de las imágenes de su poesía. Algo más jóvenes que los de *Tráfico*, Armando Coll, Luis Pérez Oramas, Alberto Barrera, Nelson Rivera, Javier Lasarte, Leonardo Padrón y quien esto escribe se juntaron alrededor del símbolo de la ciudad de Caracas: el pestilente río Guaire. En comunión con *Tráfico* se propusieron dejar entrar al poema todas las referencias: desde las más cultas hasta las más domésticas. Quisieron hacer una poesía donde se pudiese reconocer una voz, donde la carnalidad de los cuerpos pudiera tocarse, donde la sentimentalidad proscrita apareciera sin ramplonería. Cansados del juego verbal, de la creencia en el texto como único protagonista, de la asepsia, quisieron insuflarle humanidad a sus poemas. Se acercaron a las fuentes de cierta poesía hispanoamericana e hicieron del tono conversacional el terreno para el trabajo. Se acercaron a la poesía de Valera Mora y a la de William Osuna con la intención de tender un puente. La voz callejera de estos dos poetas arrojó luz sobre la avenida oscura por la que se echaron a andar.

Hijos de esta experiencia son: la antología del grupo *Guaire* (1982), *¿Y si el amor no llega?* (1983) y *Soy el muchacho más hermoso de esta ciudad*

(1987) de Igor Barreto, *Arbol que crece torcido* (1984) de Castillo Zapata, *Yo que supe de la vieja herida* (1985) de Rojas Guardia, *Correo del corazón* (1985) de Yolanda Pantin, *Soneto el aire libre* (1986) de Miguel Márquez y *Balizaje* (1983), *Terrenos* (1985) y *Almacén* (1988) del autor de estas líneas. A casi diez años de la insurgencia de estos grupos, sus postulados han sido revisados y la poesía de cada uno de sus integrantes ha ido tomando su propio cauce. Es común a todos la búsqueda de una estética que naturalmente surja de la artificialidad de las ciudades. (Más que de la artificialidad, de la nueva naturaleza que ellas irradian.) La poesía de todos se halla inmersa en un espacio donde proliferan distintos lenguajes, donde la modernidad ha sentado sus complejidades, donde las máscaras del poeta no dejan de proponerse. Las resistencias que esta nueva disposición para la poesía enfrentó fueron muchas, pero el auditorio íntimo para esta proposición ha crecido. También han crecido los riesgos de la retórica y las calles ciegas que toda indagación termina por presentar. De todo esto, como siempre, quedarán los mejores poemas.

Al margen de la experiencia grupal en estos tiempos recientes, hemos podido leer varios poemarios. Me refiero a *Cuerpo* (1985) de María Auxiliadora Alvarez, *Erotia* (1986) de Alejandro Salas, *Mustia memoria* (1983) y *Diario de una momia* (1989) de Laura Cracco, *Máscaras y lugares* (1985) de Eduardo Zambrano Colmenares y *Linos* (1989) de María Clara Salas. Es difícil establecer relaciones entre estos textos. Felizmente, las aguas que corren son de tal variedad que resulta cuesta arriba organizar colectivamente estos trabajos. En todo caso, quien intente crear un sistema aproximativo encontrará una voz femenina con sus particularidades: el infierno de la cosificación de la mujer en una de nuestras instituciones predilectas: la clínica; los avatares de la mujer en su polifacética condición actual; la soledad. En Venezuela, también ha crecido la discusión sobre la poesía femenina (¿debe denominarse femenina o poesía escrita por mujeres o no debe hablarse de ella particularmente?) y no es este el espacio para intervenir en ella. Pero más allá de la polémica, es evidente que la voz femenina se ha expresado con fuerza aproximándose a universos temáticos inéditos, con un lenguaje singular. *La pasión errante* (1986) de Cecilia Ortiz, *De mí, lo oscuro* (1987) de Patricia Guzmán, *Hago la muerte* (1987) de Maritza Jiménez, *Guerrero llevado adentro* (1987) de María Vásquez son algunos de los títulos en los que nuestras poetisas han entregado el cuerpo de sus pesares, de sus batallas, y muy poco la expresión de sus alegrías. Han dado cuenta de sus enormes dificultades con un lenguaje entrecortado, amigo del silencio y de los espacios en blanco, también han sido elocuentes y proclives a hacer poesía con la mitología, con episodios históricos, con la leyenda.

Las puertas que abren los poetas venezolanos en los años recientes son, afortunadamente, antagónicas, diversas, individuales. Los vientos que corren son más dados a detenerse frente al espejo, son ajenos a los proyectos comunitarios, a los grandes relatos, a las utopías. Son vientos disímiles, desordenados. Vientos que persiguen solos su propio espacio para soplar.